

EL CUADERNO PROHIBIDO



Señor don Blas, ¿de qué libro
ha sacado *usted* ese texto?
Del teatro de la vida
humana que es donde leo.

RAMÓN DE LA CRUZ¹

¹ Ramón de la Cruz, *La comedia casera (segunda parte)*, 1766. [Esta nota y las siguientes son de la traductora].



26 de noviembre de 1950

Hice mal en comprar este cuaderno, muy mal, pero ya es tarde para lamentarlo, el daño está hecho. Ni siquiera sé lo que me impulsó a comprarlo. Fue una casualidad. Nunca había pensado en escribir un diario, entre otras razones porque un diario debe mantenerse en secreto, y tendría que esconderlo a Michele y a los chicos. No me gusta esconder las cosas; además, en nuestra casa hay tan poco espacio que sería imposible. Ocurrió así. Hace quince días —era domingo— salí de casa por la mañana temprano. Iba a comprar los cigarrillos de Michele; quería que los encontrase encima de la mesilla al despertarse, porque los domingos duerme hasta tarde. Era un día muy hermoso, y cálido pese al otoño avanzado. Sentía una alegría infantil caminando por las calles por la acera del sol, viendo los árboles todavía verdes y la gente contenta, como parece siempre en los días festivos, así que decidí dar un paseíto y acercarme hasta el estanco de la plaza. Por el camino vi que mucha gente se detenía en el puesto de las flores, y me detuve yo también a comprar un ramo de caléndulas.

—Los domingos conviene poner unas flores en la mesa —me comentó la florista— para que los hombres nos hagan caso.

Le sonreí, asintiendo, pero lo cierto es que, al comprar aquellas flores, no pensaba ni en Michele ni en

Riccardo, que sin embargo las aprecia mucho; las compraba para mí, para llevarlas en la mano mientras caminaba. El estanco estaba muy concurrido. Esperando mi turno con el dinero preparado, vi una pila de cuadernos en el escaparate. Eran cuadernos negros, lustrosos, gruesos, de los que se utilizan en los colegios, como aquellos en cuya primera página, antes incluso de estrenarlos, escribía yo entusiasmada mi nombre: Valeria.

—Deme un cuaderno —le dije, hurgando en el bolso para buscar más dinero.

Pero, al levantar los ojos, vi que el estanquero adoptaba una expresión grave para decirme:

—No se puede, está prohibido.

Me explicó que todos los domingos se apostaba a la puerta un agente para que no se vendiera otra cosa que tabaco.

Me había quedado sola dentro del estanco.

—Es que lo necesito —le dije—. Lo necesito urgentemente.

Le hablaba en voz baja, agitada, dispuesta a insistir, a suplicar. Entonces él echó una ojeada alrededor y luego, rápido, cogió un cuaderno y me lo alargó por encima del mostrador, diciéndome:

—Escóndaselo debajo del abrigo.

Lo mantuve debajo del abrigo durante todo el camino a casa. Temí que se escurriera y se me cayera al suelo mientras la portera me contaba no sé qué de la instalación del gas. Llevaba la cara roja al abrir la puerta con la llave. Mi primera intención fue ir directa a la alcoba, pero recordé que Michele seguía en la cama.

—Mamá... —me llamaba Mirella.

—¿Has comprado el periódico, mamá? —me preguntaba Riccardo.

Estaba nerviosa, confundida, temerosa de no lograr quedarme a solas mientras me quitaba el abrigo.

«Lo meteré en el armario —pensaba—. No, Mirella lo abre a menudo para coger esas cosas mías que se pone, los guantes, la camisa. La cómoda no; Michele la abre siempre. Y Riccardo ya tiene ocupada la escribanía».

Al caer en la cuenta de que en toda la casa no había un solo cajón, un armario que pudiera llamar mío, me propuse hacer valer mis derechos desde ese mismo día.

«En el armario de la ropa blanca», decidí antes de acordarme de que Mirella saca todos los domingos un mantel limpio para poner la mesa.

Al final lo eché a la bolsa de los trapos, en la cocina. Acababa de cerrar la bolsa cuando entró Mirella.

—¿Te pasa algo, mamá? Tienes la cara roja.

—Será el abrigo —le respondí, quitándomelo—. Hoy hace calor en la calle.

Me parecía que iba a decirme: «No es verdad, lo que pasa es que has escondido algo en la bolsa».

Inútilmente intentaba convencerme de que no había hecho nada malo. Volvía a oír la voz admonitoria del estanco: «Está prohibido».

10 de diciembre

Durante otras dos semanas tuve el cuaderno escondido, sin atreverme a escribir nada. Desde el primer día fue muy difícil cambiarlo continuamente de lugar, hallar escondites donde no lo descubrieran enseguida. Si lo hubieran encontrado, Riccardo se lo habría quedado para los apuntes de la universidad y Mirella para el diario que tiene encerrado con llave en su cajón. Yo habría podido defenderlo, decir que es mío, pero habría tenido que jus-

tificar su uso. Para las cuentas de la compra siempre utilizo unas agendas publicitarias que Michele me trae del banco a principios de año. Él mismo me habría aconsejado que se lo cediera generosamente a Riccardo. En tal caso, yo habría renunciado al cuaderno y jamás habría vuelto a pensar en comprar otro; por eso ponía tanto empeño en evitar esa posibilidad, aunque —debo confesarlo— desde que tengo este cuaderno no he vuelto a conocer un momento de paz. Antes me entristecía que los chicos se fueran, pero ahora estoy deseándolo para quedarme sola y escribir. Nunca me había dado cuenta de que, a causa de la pequeñez de nuestra casa y de los horarios de la oficina, dispongo de pocas ocasiones para estar a solas. De hecho, tuve que recurrir a un engaño para comenzar este diario: compré tres entradas para el partido de fútbol y dije que me las había regalado una compañera de la oficina. Un engaño doble, pues para comprarlas tuve que sisar en la compra. Nada más comer, ayudé a Michele y a los chicos a vestirse, le presté a Mirella mi abrigo grueso, los despedí cariñosamente y cerré la puerta a sus espaldas estremecida de satisfacción. Luego, arrepentida, corrí a la ventana como para llamarlos. Estaban ya lejos, y no me parecía que se dirigieran a un inocuo partido de fútbol, sino a una trampa tendida por mí para perjudicarlos. Iban riéndose, y aquella risa me causó una punzada de remordimiento. Cuando entré en casa, quise ponerme enseguida a escribir, pero la cocina estaba sin recoger porque Mirella no había podido ayudarme, como hace todos los domingos. Hasta Michele, ordenado por naturaleza, se había dejado el armario abierto y varias corbatas tiradas aquí y allá. Hoy lo ha hecho otra vez. Hoy yo he vuelto a comprar entradas para el partido, y por eso puedo disfrutar de un poco de tranquilidad. Lo más curioso es que, cuando por fin logro sacar el cuaderno de su

escondite y sentarme a escribir, lo único que se me ocurre contar es la lucha que sostengo a diario para ocultarlo. Ahora lo escondo en el baúl viejo, donde conservamos durante el verano la ropa de invierno, pero hace dos días tuve que disuadir a Mirella de que lo abriera para sacar unos pantalones gruesos de esquí que usa en casa desde que renunciamos a la calefacción. El cuaderno estaba allí, y lo habría visto nada más levantar la tapa.

—Hay tiempo, hay tiempo —le decía yo.

Pero ella se rebelaba.

—Tengo frío.

Insistí con tanto ardor que hasta Michele lo notó. Cuando nos quedamos solos, me dijo que no entendía por qué contrariaba así a Mirella.

—Yo sé lo que hago —le respondí con dureza.

Él me miraba asombrado de aquel humor, insólito en mí.

—No me gusta que intervengas en mis discusiones con los chicos —continué—. Me quitas la autoridad delante de ellos.

Y, mientras él me objetaba que en general lo culpo de no ocuparse lo suficiente de los chicos y se me acercaba, bromeando, para decirme: «¿Qué te pasa hoy, mamá?», yo pensaba que tal vez me estaba volviendo nerviosa e irascible, como, según dicen, les ocurre a todas las mujeres que han sobrepasado los cuarenta. Y, sospechando que también lo pensaba él, me sentía profundamente humillada.

11 de diciembre

Al releer lo que escribí ayer, se me ocurre preguntarme si mi carácter no comenzaría a cambiar el día en que mi

marido empezó a llamarme mamá en broma. Al principio me gustó mucho porque me parecía que yo era la única persona adulta de la casa, la única que lo sabía todo de la vida. Aumentaba ese sentido de la responsabilidad que he tenido siempre, desde la infancia. Me gustó también porque, de ese modo, yo justificaba la ternura que siempre me ha producido el comportamiento de Michele, que, a sus casi cincuenta años, continúa siendo un hombre cándido, ingenuo. Cuando me llama mamá, yo le respondo con un tono entre tierno y severo, el mismo que empleaba con Riccardo cuando era niño. Pero ahora comprendo que fue un error: solo para él era Valeria. Mis padres me llaman Bebe desde que era niña, y con ellos resulta difícil ser distinta a la que era cuando me pusieron ese apodo; así es: por más que los dos pretendan de mí todo lo que se pretende de una adulta, no parece que admitan que lo soy verdaderamente. Sí, yo solo era Valeria para Michele. Para algunas amigas continuó siendo Pisani, la compañera del colegio; para otras soy la mujer de Michele, la madre de Riccardo y de Mirella. Para él, en cambio, desde que nos conocimos he sido solo Valeria.

15 de diciembre

Cada vez que abro este cuaderno, miro mi nombre escrito en la primera página. Me agrada mi escritura sobria, no muy alta, inclinada a un lado, que sin embargo muestra a las claras mi edad. Tengo cuarenta y tres años, pero si lo pienso no consigo creérmelo. Los demás también se asombran de verme al lado de mis hijos y siempre me dedican algún cumplido que hace sonreír con apuro a Riccardo y a Mirella. De cualquier modo, tengo cuarenta

y tres años, y me parece vergonzoso recurrir a subterfugios pueriles para escribir en un cuaderno. Por eso es absolutamente necesario que les confiese a Michele y a los chicos la existencia de este diario y defienda mi derecho a encerrarme en un cuarto para escribir cuando tenga ganas. He actuado como una tonta desde el principio, y continuando así no conseguiré más que agravar mi sensación de estar haciendo algo malo cuando escribo estos inocentes renglones. Todo esto es absurdo. Sin embargo, ya no estoy tranquila ni en la oficina. Cuando el director me entretiene fuera de horario, temo que Michele llegue a casa antes que yo y que, por un motivo imprevisible, rebusque en los papeles viejos entre los que oculto el cuaderno; por eso suelo poner una excusa para no quedarme, aunque me cueste renunciar a las horas extraordinarias. Vuelvo a casa muy angustiada. En cuanto atisbo el abrigo de Michele colgado en la entrada, me da un vuelco el corazón, y entro en el comedor temiendo verlo con el negro lustre del cuaderno en la mano. Si lo veo charlando con los chicos, pienso que puede haberlo encontrado y que aguarda a que nos quedemos solos para hablarme del cuaderno. Todas las noches me parece que cierra la puerta de nuestro dormitorio poniendo una atención especial en el chasquido del picaporte. «Ahora se vuelve y me lo dice». Pero no me dice nada; me he dado cuenta de que siempre cierra la puerta así, por una costumbre meticulosa muy suya.

Hace dos días, Michele me llamó a la oficina, e inmediatamente temí que hubiera vuelto a casa por algún motivo y hubiera encontrado el cuaderno. Estaba helada cuando le contesté.

—Oye, tengo que decirte una cosa... —empezó.

Durante unos segundos, angustiada, me pregunté si debía defender mi derecho a tener todos los cuadernos

que quiera y a escribir lo que me apetezca o, por el contrario, rogarle: «Michele, compréndeme; lo sé, he hecho mal...». Pero él solo quería saber si Riccardo se había acordado de abonar la matrícula de la universidad, porque aquel día terminaba el plazo.

21 de diciembre

Ayer por la noche, nada más cenar, le dije a Mirella que no me gusta su costumbre de cerrar con llave el cajón de la escribanía. Muy sorprendida, me respondió que tiene esa costumbre desde hace años. Le repliqué que, en efecto, hace años que yo la desapruero. Mirella me contestó con muchos humos que si estudia tanto es porque quiere empezar a trabajar, ser independiente e irse de casa en cuanto cumpla la mayoría; así podrá tener cerrados todos los cajones sin que nadie se ofenda. Añadió que en el cajón tiene su diario, que por eso lo cierra, y que Riccardo hace lo mismo porque mete las cartas que le envían las chicas. Le repliqué que entonces Michele y yo también tendríamos derecho a nuestro cajón cerrado con llave.

—Ya lo tenemos —me dijo Michele—. Es el cajón en el que guardamos el dinero.

Yo insistí en que me gustaría tener uno para mí sola, y él, sonriendo, me preguntó:

—¿Para qué?

—Pues no lo sé... Para guardar mis papeles personales —le respondí—, algunos recuerdos. O tal vez mi diario, como Mirella.

Entonces todos, incluido Michele, se echaron a reír ante la idea de que yo pudiera llevar un diario.

—¿Y que querrías escribir, mamá? —me dijo Michele.

Mirella, olvidada de su enfado, se reía también. Yo continuaba discutiendo sin hacer caso de sus risas. Entonces Riccardo, muy serio, se levantó y se acercó a mí.

—Lleva razón mamá —dijo con gravedad—. Ella también tiene derecho a un diario, como Mirella, a un diario secreto, quizá amoroso. Os diré que desde hace tiempo sospecho que tiene un admirador secreto.

Fingía una gran seriedad, arrugaba la frente, y Michele, siguiéndole la broma, se mostraba pensativo y decía que sí, que era verdad, que mamá no parecía la misma y que habría que vigilarla. Luego se echaron a reír de nuevo, a carcajadas, y se acercaron a mí para abrazarme todos, incluida Mirella. Riccardo me cogió la barbilla entre los dedos y me preguntó con ternura:

—Dime: ¿qué quieres escribir en el diario?

De pronto me eché a llorar sin saber por qué, quizá por el enorme cansancio que sentía. Al verme llorar, Riccardo se puso pálido y me estrechó entre sus brazos, diciéndome:

—Era broma, mamita. ¿No comprendes que bromeaba? Perdóname...

Luego se volvió a su hermana y le dijo que aquellas cosas pasaban siempre por culpa suya. Mirella abandonó el comedor dando un portazo.

Al poco rato, Riccardo se fue también a dormir, y nos quedamos solos Michele y yo. Michele me habló con afecto. Me dijo que comprendía a la perfección mi ataque de celos maternos, pero que debía acostumbrarme a considerar a Mirella una jovencita, una mujer. Yo intentaba explicarle que no se trataba de eso en absoluto, pero él continuaba:

—Tiene diecinueve años; es normal que haya algo, una sensación, un sentimiento, que no quiera que conozcamos los de casa. Un pequeño secreto, en definitiva.

—Y, entonces —le repliqué—, ¿nosotros no tenemos derecho también a un secreto?

Michele me cogió una mano y me la acarició con ternura.

—¡Ay, querida! ¿Qué secretos quieres que tengamos todavía a nuestra edad?

Si hubiera pronunciado aquellas palabras en un tono insolente o bromista, yo me habría rebelado, pero la tristeza de su voz me hizo empalidecer. Miré alrededor para cerciorarme de que los chicos se habían ido a la cama y de que también ellos pudieran creer que aquel instante de debilidad se debía a unos celos de madre.

—Estás pálida, mamá —me decía Michele—. Te cansas demasiado, trabajas demasiado. Ahora mismo te sirvo un coñac.

Lo rechacé sobresaltada. Él insistía.

—Gracias —le dije—, no quiero beber nada, ya se ha pasado. Tienes razón, puede que estuviera un poco cansada, pero ahora me encuentro muy bien. —Y le sonreía, abrazándolo para que se convenciera.

—Siempre la misma, te recuperas enseguida —me comentó con ternura—. Entonces, nada de coñac.

Abochornada, le retiré la mirada. Había escondido el cuaderno dentro de una antigua caja de galletas en la despensa, junto a la botella de coñac.

27 de diciembre

Hace dos días fue Navidad. La noche de la víspera, Riccardo y Mirella estaban invitados a un baile en casa de unos viejos amigos nuestros, los Caprelli, que en aquella ocasión presentaban a su hija en sociedad. Una invitación acogida con alegría por los chicos, ya que los Caprelli

son una familia acaudalada que recibe con generosidad y buen gusto. Yo también me alegré porque así podría cenar a solas con Michele, como cuando éramos unos recién casados. Mirella estaba feliz con la idea de volver a ponerse su primer traje de noche, estrenado en el último carnaval, y Michele pensaba prestarle su esmoquin a Riccardo, como ya hizo el año pasado. Para la velada, yo le había comprado a Mirella un echarpe de gasa salpicado de motitas doradas y a Riccardo una camisa de gala, de esas modernas con el cuello blando. La tarde fue muy alegre porque los cuatro nos prometíamos una bonita velada. Mirella estaba encantadora con su vestido, la espera de la próxima diversión le había borrado del rostro la expresión levemente ceñuda y un poco terca habitual en ella. Al entrar en el comedor, para que admiráramos su amplio vestido, dio un leve giro y se tapó la cara con el echarpe en un insólito gesto de timidez. Su padre y su hermano lanzaron exclamaciones de admiración, casi asombrados de reconocer en la hija y la hermana a una mujer tan atractiva. Yo también sonreía y, sobre todo, estaba orgullosa. Iba a decirle que me gustaría verla siempre así, alegre y bonita, como debe estar una muchacha a los veinte años. Luego pensé que tal vez lo es siempre para los demás, una Mirella muy distinta a la que nosotros conocemos. Y, al preguntarme con inquietud si uno de sus dos aspectos podría ser una ficción, un engaño, comprendí que la diferencia no está en ella, sino en los papeles que se ve obligada a representar dentro y fuera de casa. A nosotros nos está reservado el más ingrato.

Animado por la vista de su hermana, Riccardo fue a vestirse enseguida. A los pocos minutos oí que me llamaba desde la habitación. Por el tono de voz comprendí en el acto lo que ocurría. Confesaré que llevaba días temiéndolo, pero solo entonces aquel «mamá» me obligó a

reconocer mis temores. El esmoquin de Michele le estaba estrecho; las mangas, cortas. De pie en el centro de la habitación, me mostraba todo el abatimiento de su desilusión. El año anterior ya le quedaba ajustado. Riccardo se lo había tomado a risa, diciendo que no podría abrazar a las chicas por miedo a sentir que se le rasgaba la espalda y se le descosían las mangas. Pero desde entonces se ha robustecido y puede que haya crecido también. Me miraba, esperando que mi aparición lo arreglara todo como por ensalmo, como cuando era niño. A mí también me habría gustado. Por un momento pensé decirle: «Te queda muy bien», y que él pudiera creerme, pero le dije:

—No puede ser.

Enseguida me acerqué a palpar las mangas y la pechera, imaginando arreglos fulminantes que, sin embargo, no me veía capaz de hacer. Riccardo seguía mis manos ansiosamente, esperando un diagnóstico favorable. Descorazonada, volví a decirle:

—No se puede hacer nada.

Regresamos juntos al comedor. Riccardo llevaba las orejas rojas y la cara pálida.

—Se acabó el baile —anunció de mal humor.

Miraba a su hermana con ganas de arrancarle el vestido, con una mirada semejante a un mordisco. Mirella, temiendo que ni siquiera una rebelión por su parte consiguiera evitar aquella desgracia, preguntó titubeante:

—¿Por qué?

Él demostró que no podía abrocharse la chaqueta y que las mangas dejaban ridículamente al descubierto los puños de la camisa nueva.

—Papá es de hombros estrechos —dijo con cara de pocos amigos.

Enseguida pasamos revista a los parientes y amigos en condiciones de prestarnos un esmoquin. Caí en la

cuenta de que lo había hecho ya dos días antes, inconscientemente, y de que había llegado a la conclusión de que casi todas las personas que conocemos ya no lo tienen. Aferrados a un hilo de esperanza, telefonamos a un primo, pero esa noche lo necesitaba él. Repasamos y medimos mentalmente a varios amigos, para acabar sacudiendo la cabeza. Otro pariente, interrogado por teléfono, nos respondió, casi atónito por la pregunta:

—¿Un esmoquin? No, no tengo. ¿Para qué lo quiero?

Al colgar el auricular, Riccardo, con una risa nerviosa, comentó:

—Solo conocemos gente pobre.

Y Michele le replicó:

—Gente como nosotros.

Entonces Riccardo, fingiendo que bromeaba, propuso:

—Se podría alquilar uno, ¿no?, como hacen los extras de cine.

Michele le contestó:

—Faltaría más.

Comprendí que pensaba en su frac y en el chaqué que llevaba el día de nuestra boda: los dos están colgados en el armario, envueltos en una sábana blanca. Y pensaba sin duda en los uniformes negros y azules de su padre.

—Faltaría más —le repitió severo.

Comprendí a la perfección por qué hablaba así Michele; yo también recordaba muchas cosas del pasado que cuesta dejar atrás, pero al mismo tiempo me habría parecido oportuno decir que la idea de Riccardo era buena, que se podía alquilar un esmoquin. Notaba que mi hijo lo esperaba, y era una ayuda que me habría gustado brindarle, pero, reprimida por una inseguridad indefinible, me abstuve de hablar.